



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Victor P. de Landaluz (D. Junipero.)

Año II. PRECIOS DE SUSCRIPCION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto....., 25

Habana 2 de Julio de 1871.

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN EL INTERIOR. Núm. 35
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto....., 30

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—La Revalenta arábica, por Juan de Austria.—Los caseros, por Juan Lanas.—Boeceto á la pluma de Mr. Julio Mirés, por G. B.—Los héroes (poesía), por Juan Centellas.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Histórico (poesía), por Juan Diente.—Sartenazos.—Boletín Bibliográfico.
Caricaturas, por D. Junipero.

MENESTRA SEMANAL.

Digan lo que quieran los hombres políticos, y los que creen que son políticos, y los que aspiran á serlo, la gran cuestion que tienen hoy que ventilar las naciones, es la de dinero.

Y no andemos con pamemas: los tiempos que corren no son tan malos como se dice; lo grave es que estos tiempos nos han cogido á todos sin una peseta.

Haga usted caer sobre España una lluvia de monedas de cinco duros, y veremos si se arreglan todas las cuestiones y si en las Cortes se grita menos; con lo cual sacarán no poco beneficio los gallineros, que se encuentran oscurecidos y postergados desde que la política ha tomado la forma de algarabía.

Pero no hay almanaque alguno que anuncie tan benéfica lluvia. Aún no ha habido ningun astrónomo que descubra en una estrella, entre tantas como hay, propensión á la esplendidez, y eso que ya se averiguó que todas las estrellas tienen montañas, nieve, volcanes y creo que hasta sargentos de caballería y señoras comprometidas.

Si algun día fuese yo ministro de Hacienda—¡que Dios no lo permita!—pondría mis cinco sentidos en convencer á las nubes de que en el estado en que se encuentra la civilización, y con los grandes adelantos que hemos introducido en todo, es una estupidez que permanezcan estacionarias y que llueva hoy lo mismo que llovió el día del diluvio y que llovía doscientos años antes.

Eso es pretender que retrocedamos á tiempos que ya pasaron para no volver jamás.

El agua ha perdido mucha parte de su valor desde que hay chaparrones de todo: chaparrones de grandes génios, á lo Armas y Céspedes, Echevarría y Aldama; chaparrones de oradores eminentes, de grandes políticos, de revolucionarios de tomo y lomo, de insurrectos que meten miedo y de mujeres patrióticas.

Lo natural y conveniente sería que las lluvias en la época actual fuesen de pagarés con buenas firmas, billetes de Banco y moneda acuñada.

Si lograrse yo esta mejora siendo ministro de Hacienda—¡que no permita Dios que lo sea!—reduciría á una sola cesa el presupuesto de obras públicas: á la construcción de inmensos albiges.

Pero no es de España ni de su hacienda de quien ahora me propongo hablar.

Las anteriores reflexiones me las ha sugerido una medida propuesta á las cámaras por un ministro inglés.

Inglaterra es una de las naciones que viven con más holgura. De día en día vé disminuirse su deuda; gasta menos que cobra; el dinero se obtiene en sus plazas á muy poco precio; las rentas suben como la espuma; la espuma baja para dejar descubierto lo sólido y positivo; y sin embargo de que aquella es una pequeña Jauja (como puede ser Jauja hoy que todo es mohina, porque no hay harina) el ministro de hacienda británico se vé obligado á poner en tortura su magin para proporcionar nuevos recursos al tesoro.

El último que ha ideado es de lo más original. Se trata de establecer un derecho de timbre sobre las cajitas de fósforos.

Es decir, que en vez de llevar forros, como hasta aquí, llenos de versos y de damas bailando el cancan, tendrán que estar forradas de papel sellado.

Intellectus apretatus discurrit que rabia! como dijo el sábio.

Estoy viendo que al dar forma de protocolo de notaría á los paquetes de cajitas de fósforos, llegará el caso de exigir que los que se dediquen á su venta, los fosforeros, tengan título de escribanos.

Gran porvenir para la clase!

¡Horror!

He temblado por los que tienen la costumbre de encender el tabaco de gorra: es decir, por los que le piden el fuego á todo bicho viviente. Porque está claro, serán considerados como defraudadores de los intereses del país.

Todo el que no usa el papel sellado en los casos que la ley previene, comete un delito; ergo, el que no compra fósforos, con su timbre y todo, roba al fisco.

El ministro inglés trata, sin duda, de moralizar con su proyecto á la sociedad, desterrando esa especie de comunismo que hay establecido, por el cual cada individuo se cree con derecho á la candela de los demás.

Es muy natural que en estos tiempos en que las naciones todas andan tirándose de las greñas mutuamente, tenga la mujer un puesto de preferencia.

Y cuidado que no me refiero á la *liga de las hijas de Cuba*, que después de haber hecho media docena de piruetas, parece que está narcotizada.

Aludo á las mujeres de todas partes, que andan sacando los pies de las alforjas.

En los Estados-Unidos una ciudadana ha pedido el amor libre.

¡Que se lo den! digo yo ahora como el público en las plazas de toros.—¡Que se lo den!

Dos mil y pico de mujeres son enviadas á Nueva-Caledonia, por alborotar el cotarro en París.

A doña Emilia Casanova le han salido juanetes en los pies.

¡Todo cosas notables!

Unas cuantas ciudadanas francesas han solicitado que las mujeres puedan desempeñar cargos eclesiásticos, incluso el de obispos.

Así me gusta! Las mujeres han tenido hasta ahora la facultad de darnos fruto de bendición: si se cumplen los deseos de las ciudadanas francesas, nos darán bendiciones sin fruto.

Las bendiciones de ahora se lo comen á uno por un riñon: las de entónces no harían gastar ni una peseta. Algo es algo. Creo que por ese camino llegaremos al perfeccionamiento de la mujer.

Pero como todo ha de tener compensacion en este mundo, el día que las mujeres reemplacen á los clérigos en las iglesias, vamos á tener que casarnos con los actuales sacristanes y pertigueros.

No pierdo la esperanza de oírle decir á un amigo:

—Me caso con un presbítero.

Por un momento se apacigua el tumulto en el Congreso español y se deja oír clara y sonora la voz del patriotismo.

¡Gracias á Dios!

Entre un berrido de un carlista y un chillido de un rojo, se levanta una voz diciendo:

“Las cuestiones de honra nacional no pueden ser cuestiones de partido.”

Al carlista debió darle entónces un vuelco el corazón (si lo tiene): el rojo debió ponerse de color de canela por el remordimiento.

D. Antonio Cánovas del Castillo, dignísimo hombre público, que en muchas ocasiones, y en todas ellas con acierto, se ha ocupado de las cosas de Cuba, ha presentado una enmienda al proyecto de mensaje, de la cual entresaco estas nobles palabras:

“Facciones compuestas de declarados traidores, á los cuales ni sometidos ni armados puede concedérseles lo que pretenden, que no es otra cosa sino la destrucción de nuestra raza y la confiscación de nuestros intereses en las Antillas; habiendo ya rechazado, por lo mismo, y no sin mengua de España, las libertades que no tan sólo se les ofrecieron, sino se les otorgaron, y sirvieron para arraigar la rebelion. Muchos son ya, señor, los millares de jóvenes españoles que han perdido la vida en aquella lucha impía; y fuera insultar sus generosos nombres, y no sentir, como en España se siente, el noble amor de la patria, conceder ya nada á los que en

Cuba reniegan de nuestra sangre, ni admitir de ellos más que la sumisión incondicional y absoluta."

¡Bien, señor Cánovas!

El Congreso ha admitido la enmienda.

¡Bien, señor Congreso!

Aquí no hay más que una madre honrada y unos hijos rebeldes y pervertidos.

Al hijo desnaturalizado no le queda otro camino que someterse incondicionalmente, ó sufrir un castigo tan grande como su culpa.

Si yo tuviera una voz bastante gruesa, le diría al Congreso que hiciese muchas declaraciones como esta, que tomase no pocas resoluciones en el mismo sentido y... ¡qué diantre! podía dispensársele que gritara un poco, y....

Miren ustedes, lo he pensado mejor á última hora, y me parece que lo más conveniente es que no se chille ni poco ni mucho.

¿Están ustedes conformes?

JUAN PALOMO.

LA REVALENTA ARÁBIGA.

Ahora sí que vá de veras.

Ya se ha encontrado al hombre que ha de ser la perdición de España, su ruina, su aniquilamiento, su muerte. ¡Ay! ¡Qué horror!

¡Lágrimas, corred! Pero nó; no corrais, porque os van á tomar por Bembeta, Agramonte, Céspedes ó cosa así, y no me tiene cuenta.

Más vale que os esteis en el algibe donde aguardais las grandes ocasiones, pues creo que después me ha de hacer falta agua para extinguir el incendio que en mi persona ha de levantar un escrito que tengo á la vista.

Se llama ese escrito *El grito de la patria*, y lo firma ese hombre que ha de ser la salvación de Cuba Libre, la *Revalenta Arábica*, como si dijéramos, de la mambisería: José de Armas y Céspedes.

Lanza aquí, respetable lector, una exclamación gorda; de las más gordas que tengas en el repertorio de las exclamaciones, para que esté en armonía con la importancia de la persona.

He dicho persona por el bien parecer, pero he debido llamarle *héroe inédito*.

Adelante.

Detrás de la sogá, el caldero. Se publicó en Nueva York un librito de doscientas desvergüenzas (no me atrevo á decir páginas) dedicadas todas á don José de Armas; éste, pisándole los talones á Cisneros, autor de aquel trabajo, le replica en una hoja volante.

¡Y tan volante, que vuela hasta perderse de vista!

Pero con un poco más de jugo en la mollera que Cisneros, se desentiende Armas de los insultos personales que aquel le dirige, escurre el bulto por medio de un quiebro, y se contenta con llamar á su agresor *cándido joven y ciego instrumento de los señores de la junta*.

Segun Armas, no es Cisneros el que ha escrito el folleto, del que ya habló algo JUAN PALOMO en su número anterior, y por consiguiente, se cree dispensado de enfadarse y de aceptar el reto que se le hacia de un modo terminante.

El sistema es cómodo y sencillo.

Armas hace como los mosquitos cuando pican por encima de los calzoncillos. Traspasan la tela sin causarle daño y meten el aguijón en la carne.

Cisneros es los calzoncillos, y la carne Aldama, Echevarría y Mestre.

Es preciso convenir en que el jefe de los *patriotas* de Nueva Orleans tiene sentados en la boca del estómago á Mestre, Aldama y Echevarría. Ni más ni menos que me sucede á mí. En eso nos parecemos Armas y yo.

Muchas veces he sacado partido de los dimes y diretes que tienen entre sí los prohombres de la emigración, para dar idea de su estado y actitud; pero hoy no quiero hacer caso de eso; ni siquiera diré que Armas vuelve á llamar traidores á los tres caballeros andantes del laborantismo.

Mi propósito es hacerte conocer, ¡oh amado Teótimo! el plan concebido y dado á luz por Armas: ese hombre que ha venido á ser para la insurrección la pildora de Holloway, que cura todos los males, la *Revalenta arábica*, que pone á las personas como nuevas, por muy deterioradas que estén.

El proyecto de Armas es el siguiente:

En cada población de los Estados Unidos, en un

dia fijo, á una hora dada, en el instante mismo, todos los emigrados cuberos depositarán en determinado punto su cuota metálica, cuyo mínimum será un peso.

Pero hecha la cosa á compás, con rigurosa exactitud, con precisión militar, porque si nó, es imposible *salvar á la patria*, que lo que necesita son algunos efectos teatrales, como el ideado por Armas.

Podría hacerse, por ejemplo, de la siguiente manera:

En mitad de la plaza del pueblo se colocaría un caldero, como los que tienen las lavanderas para la legía. Junto al caldero y sobre una mesa, tablado ó cosa así, estarían Bramosio, que es el más gordo de la cuadrilla, y Cirilo Villaverde, que es el más flaco (de espíritu por lo ménos) de toda la *gente crua*.

Todos los emigrados, teniendo ya en la mano el piquillo que hubiesen de depositar, rodearían el caldero, esperando el momento oportuno.

Momento de silencio, en los que sólo se oiría el gruñir de las tripas.

Chist! mucho silencio!

Sileeeeeencioooooo!!!

Don! la primera campanada de las doce: Villaverde entónces sacudiría un puntapié en la barriga de Bramosio, que sonaría como un tambor, ¡bom! á esta señal, convenida de antemano, todos echarían en el caldero su óbolo y se retirarían inmediatamente cantando el *negro bueno*.

No dice Armas en su escrito quién había de recoger esos cuartos, pero la lógica, la prudencia y el bien parecer aconsejan que fuese él.

Cómo había de salir, si nó, el plan bien combinado?

Después de esta operación, quiere Armas que se reparta á fusil por barba entre todos los emigrados, lo mismo hombres que mujeres, gordos que flacos, cobardes que miedosos, y en *masa* (ó en *pasta*) venir todos á Cuba, tomar una población y desde ella aniquilarnos. ¡Bien!

No se puede negar que está la cosa bien pensada y bien dispuesta y que el remedio será eficaz.

Todos los emigrados vendrán á la carrera—pues no han de venir!—y tan de prisa abandonarán á Nueva York y demás puntos, que estoy seguro de que hasta se olvidarán de pagar á la patrona y al sastre y al tendero de la esquina.

Cuando la patria está en peligro, lo primero es no pagar los *ingleses*.

Formados así en batallones y *batallonas*, pues de ambos sexos habrá combatientes, la llegada á las playas de Cuba es la cosa más fácil, porque los vírgenes de los cañoneros creerán que aquella expedición es una romería, y no sólo dejarán pasar á los expedicionarios, sino que les regalarán alguna copa... de sombrero.

Cubita Libre, pues, se salva: y se salva porque tiene un génio en Armas; en ese hombre, que es la *Revalenta Arábica* de la mambisería, el remedio eficaz para todos los males.

Mas, para que el remedio heroico haya llegado á conocerse, ha sido menester que Cisneros publique un folleto poniendo como chupa de dómíne á su compatriota Armas.

De manera, que tomando por base lo ocurrido hoy, cuando vean más en peligro á Cubita Libre, para descubrir otro remedio más enérgico, no sólo le insultarán, sino que le pegarán á Armas una paliza.

Harán bien!

Y si el mal arrecia, lo aplastarán.

Y entónces sí que sacarán los *juntistas* provecho gordo... y nosotros tambien.

JUAN DE AUSTRIA.

LOS CASEROS.

—Compadre, usted podrá decirme qué es eso de *La Internacional*?

—Hombre, á punto fijo no lo sé, pero creo que es no pagar el alquiler de la casa.

—Anda, salero, pues conozco yo á muchos *internacionales*.

—Ay! y yo tambien!!

—Pero dígame usted, santo varón, qué tiene que ver la política con que no me pague el alquiler el que viva en una casa mía? Eso me parece que es *impolítica*. ¿Eh, digo bien?

—Mire usted, don Pancho, yo entiendo poco de *matemáticas*; pero á los hechos me atengo. De París vienen todas las modas, y eso es lo último que se estila por aquellas tierras. Figúrese usted, que llegaron los alemanes con su casco y todo, que parecían materialmente la sota de espadas, y qué di-

rá usted que es lo primero que hizo el gobierno? pues vá y qué hace? les dice á los inquilinos: á vivir tropa, y no se apuren ustedes por el alquiler de la casa, porque yo se lo perdono.

—Alza, pilili! yo te convido y tú pagas.

—Pues no paró ahí la cosa, A medida que los prusianos se iban acercando, llegaban á París huyendo las gentes de los campos, y el gobierno puso á disposición de los recién llegados todas las casas desalquiladas.

—Huy! huy! huy! me estoy derritiendo por ese gobierno. Hombre, le digo á usted que le haría el amor de mejor gana que le pegaría un cachete á un laborante, y mire usted que de eso tengo ganas!....

—Oiga usted, propósito de eso, un chascarrillo que cuenta el *Figaro*.

—¿Quién es ese sujeto, algun miembro de la *Commune* ó un general del imperio?

—Nó, hombre, nó; es un periódico festivo que se publica en París.

—Pues desembuche usted, compadre, porque yo me pirro por los periódicos de esa clase.

—Se trata de un propietario de los más morrocotudos, que puso el piso principal de una de sus mejores casas á disposición de una familia de fugitivos. Quince ó veinte días después de estar instalados los campesinos en aquella lujosa habitación, el portero empezó á notar que la casa olía mal, y los vecinos todos empezaron á decir que olía peor. El compañero de San Pedro, en cuanto á destino, quiso entrar en el cuarto de los labriegos á enterarse de lo que pasaba, pero le dieron con la puerta en las narices.

—Y viva la libertad, eh?

—Entónces le dió parte al casero, y el buen hombre, asustado, se fué derecho á su casa. Aún no había entrado por la puerta de la cochera, cuando oyó el canto de un gallo, que se asomaba muy ufano por la ventana del cuarto principal. A esta *aria* siguió un coro cacareado por una porción de galinas.

—¿Canastos! canastitos! canastirrititos! cómo me vá gustando el cuento!

—Al propietario empezó á metérsele en el cuerpo la alarma.

—Y con razón, caspitina!

—Subió las escaleras, llegó á la puerta del cuarto y pidió que le abriesen. El inquilino hizo resistencia.

—Ah, valiente!

—Qué quiere usted, la guerra despierta esos instintos y otros excesos. El labriego se resistió como un hulano, pero al fin franqueó la entrada. ¡Déjame, dolor amargo! La antecámara se había convertido en el corral de una casa de labranza. En el piso había una cuarta de fango, en el que se hundían los pies hasta el tobillo, y estaba formado todo aquel lodazal con los desperdicios de la comida, despojos de animales muertos para el consumo....

—Calle usted, hombre, que reviento de risa! Diga usted, y entre esos animales estaba el inquilino? Porque lo merecía!

—Pues sí, señor; y todo cubierto por una espesa capa de paja, que prometía un excelente estiércol para la primavera próxima. La pieza inmediata estaba destinada á huerta y había ya cuadros de tierra labrada para las plantaciones, habiendo brotado ya algunas hortalizas, entre las que sobresalía la cebolla. En mitad de la alcoba lucía un magnífico fondo de tonel, que estaba convertido en estanque, y en el cual se refocilaban tres ó cuatro patos.

—Alza, pilili!

—El propietario estaba que se le podía ahogar con un caballo. Entraba y salía, volvía á entrar y volvía á salir como un palomino atontado.—¿Y mi salón? exclamó al fin sudando la gota gorda.—Ah! muy bien, contestó el aldeano; allí está el señorito muy cómodo.—El señorito era un cerdo de tamaño descomunal, que se revolcaba gruñendo y con toda la elegancia propia de tales animalitos sobre un lecho de basura é inmundicias.

—Magnífico, retemagnífico!

—Pedazo de avestruz! exclamó el casero; teniendo abajo un corral tan espacioso, por qué metes en el salón á ese señorito?—Pero no vé usted, contestó el labriego, que se acerca el tiempo de la sementera, y dónde iba yo á sembrar entónces el trigo?

—Bien, *salao*, remonono!

—Pero no acaban aquí las desgracias. En cuanto entró á mangonear (no quiero decir mandar) la *Commune*, lo primero que dispuso fué que nadie pagase alquiler de la casa.

—Sí; y por lo que á nosotros toca, ahí tiene usted al intrépido Carlos Manuel de Céspedes, que toda casa que pilla por delante la quema.

—Y esa es la gente de moda, segun ellos dicen.

—Sabe usted que voy envidiando la suerte del caracol, que lleva la casa á cuestas?

—Yo creo que todos los caracoles están afiliados en *La Internacional*.

—Canario, con *La Internacional*!

—Nada, compadre, se ha decretado el estérmino de los caseros.

—Quiere usted que hagamos una cosa para estar preparados cuando nos llegue el turno?

—Proponga usted.

—Subamos el alquiler de las casas.

—Convenido.

El inquilino pacífico (que es el último mono).—Ay! ay! ay! me han partido!

JUAN LANAS.

BOCETOS A LA PLUMA.

MR. JULIO MIRE.

No hace aún muchos años que este nombre se hizo célebre en España y hasta se convirtió en acusación contra un partido político, y muy particularmente contra un ministro de Hacienda.

El empréstito Mirés ha sido considerado como el más ruinoso para los intereses del país de cuantos han hecho los gobiernos españoles, y de ese empréstito sacaron larguísima capitulos de cargos contra el partido moderado las demás agrupaciones políticas en que está dividida la nación.

Como el mar de la política todo se lo traga, se tragó ese asunto, y hasta el mismo nombre de Mirés, que en estos últimos tiempos para nada ha sonado.

Pero hace muy pocos días se ha vuelto a oír, aunque con poca fortuna para el interesado; pues si se habla de nuevo del famoso banquero, es para decir que se ha muerto.

El telégrafo nos lo ha anunciado, y JUAN PALOMO quiere dar a sus lectores el boceto de esta notabilidad financiera antes de que el tiempo borre por completo su memoria.

Atención, que el relato es curioso.

Hará cosa de veinte y nueve á treinta y cinco años que un joven, bastante deteriorado de traje, se paseaba por el muelle de Burdeos.

Sus miradas se fijaban en las casas de los comerciantes y de los banqueros que se levantaban á su izquierda.

—¡Yo también seré rico! se dijo.

Continuó paseando, y sin saber por dónde iba, tomó el camino del cementerio de la ciudad.

El fúnebre cortejo de un difunto le sacó de su abstracción.

—¡Va he encontrado el filón! añadió.

Y volviendo precipitadamente á la ciudad, entró en un almacén de papel, ajustó unas cuantas resmas, se fué á una imprenta, y contrató la impresión de un periódico, que ocho días después salió á luz con el título de *Revista Necrológica*.

El primer número produjo una gran sensación, y alarmó profundamente á los médicos.

—Nos proponemos publicar, decía, los nombres de las personas que fallezcan y los de los facultativos que las hayan asistido en su enfermedad.

Como no podía menos de suceder, no había médico á quien no se le muriesen uno ó dos enfermos diarios, y el público leía cada semana sueltos por este estilo:

—El doctor A. ha tenido siete muertos; el doctor B., cinco; el doctor H., nueve.... etc., etc.

—¡Qué horror! exclamaban los aprehensivos; y yo que creía que el doctor A. curaba á todo el mundo.

—¡Vaya una reputación usurpada la del doctor H!

—No vuelvo á llamar en mi vida al doctor X.

El joven redactor del periódico no tardó en recibir la visita de las lumbreras de la ciencia.

Su nombre empezó á circular de boca en boca, y el público elogiaba su pensamiento.

—Hace un bien á la humanidad, decían, desenmascarando á esos sabios que no hacen más ni menos que un sangrador cualquiera.

El periódico tuvo una gran suscripción, pero no era esto sólo lo que buscaba el joven.

Los doctores, como digo, viendo que disminuían sus ganancias, buscaron al periodista.

—¡Mr. Mirés?

—Yo soy.

—Tengo el mayor placer....

—Mil gracias.

—Soy el doctor X.

—Celebro mucho.... ¿En qué puedo servir á usted?

—Desearía que en el próximo número de la *Revista Necrológica* me suprimiese usted seis muertos.

—Nada más fácil.

—Y que en lo sucesivo pusiera usted que no se me ha muerto ningún enfermo.

—Perfectamente....

—Quiere decir que....

—Sí.... le pasaré á usted la cuenta; me parece que cien francos por cada omisión....

—Algo carillo es.

—Entonces, nada.... continuaremos....

—No.... Usted merece todo mi aprecio y.... ¿Con que quedamos en que en lo sucesivo no se morirá ningún enfermo?

—Absolutamente ninguno.

Dos meses después, Burdeos era un paraíso; no se moría nadie, y los entusiastas lectores de la *Revista* exclamaban:

—Esta *Revista Necrológica* ha desterrado todos los abusos.... y si nó, prueba al canto.... ántes, los médicos mataban mucha gente por no poner cuidado; ahora andan listos por miedo á la publicidad, y no se les vá nadie de entre las manos.

—¡Hé aquí como los mercaderes abusan de la prensa!

Un año más tarde, Julio Mirés, después de haber figurado entre los capitalistas de Burdeos, se dirigía á París á establecer una casa de banca.

La base de su fortuna estaba hecha.

No es posible sacar más partido de la.... NADA.

Mirés reunía todas las condiciones para hacer que el dinero se centuplicara en sus manos: actividad, inteligencia, oportunidad, ingenio.

La primera noticia que tuvimos los españoles de él fué en 1857.

Nadie ha olvidado el empréstito Mirés.

Por entonces era ya director de la Compañía de ferrocarriles, y su felicidad llegó al colmo enlazando á su hija con un aristócrata de los más distinguidos, el príncipe de Polignac.

Pero de pronto se nubló su estrella; fué encarcelado, su fortuna desapareció, la prensa le atacó, los amigos le abandonaron.

Pero no por eso sucumbe el genio del banquero.

Se encuentra pobre; tiene que pagar los gastos de su defensa; está en una cárcel; allí no puede acuñar moneda.

—¡Pluma, tinta, papel!.... pide de pronto.

Se lo proporcionan; se sienta á escribir, y dos días después envía á la imprenta un manuscrito titulado *Mi proceso*.

Dentu vende cada ejemplar á franco, y en doce días se venden en Europa 140,000 ejemplares.

Mirés, por este medio, vuelve á hallar una base de prosperidad.

Poco después el tribunal le absuelve; pero su hija pierde á su esposo, y las persecuciones contra Mirés reanjan.

Nueva lucha que dura cuatro años.

¡Cuánto talento, cuánta actividad ha desplegado!

Nada tiene de extraño que en esta lid aumentara su crédito.

Creyéndole, por fin, la fortuna digno de sus favores, volvió á sonreírle.

Mirés entró el año 1866 triunfalmente en las oficinas de donde salió para ir á la cárcel de Mazas.

Su hija se ha casado en segundas nupcias con Mr. de Rozan, rico armador de Marsella.

Los años y las vicisitudes no llegaron á amortiguar su actividad.

Son infinitas las anécdotas que se cuentan de su vida.

Citaré una.

Cuando tuvo lugar la última vista de su causa, le acompañaba de la cárcel al tribunal un ugiér.

Era su única escolta.

El último día se le perdió, por efecto de la confusión que reinaba á la salida de la audiencia.

Mirés lo buscó por todas partes, y desesperado de no hallarle, corrió sólo á su prisión.

La puerta estaba cerrada.

—Abra usted.... abra usted, dijo al alcaide.

—¡Sólo y con tanta prisa para entrar! exclamó su guardian.

—Es que he querido despedirme de todos ustedes con tiempo.

Había adivinado su sentencia.

Al día siguiente fué puesto en libertad.

En estos últimos años, la desgracia le había hecho simpático, y muchos, sólo por tener el gusto de verle, le confiaban el manejo de sus capitales.

Se me olvidaba decir que era israelita; pero ya se lo habrán ustedes figurado.

G. B.

LOS HÉROES.

Desde Cain, que esté en gloria,

si no se halla en el infierno,

hasta los que en la *Commune*

figuraban como miembros,

han existido en el mundo

los héroes de pelo en pecho,

sin pelillos en la lengua

y la vergüenza con pelos.

Héroes de tómo y de lomo,

que es igual á si dijéramos,

que si no pegan palizas,

pegan petardos muy buenos.

Yo bien quisiera, señores,

uno á uno sus portentos

ir citando en este sitio

para gloria de sus hechos,

asombro de los que nazcan,

espanto del extranjero

y otras virtudes preciosas

que hoy se dejan en secreto.

Pero no puedo ese gusto

dar, aunque lo pide, al cuerpo,

porque no cabrían todos

en los límites estrechos

de un romance, aunque tuviese

ocho, diez ó doce metros.

Bellidos Dollos, el Conde

D. Julian, el que de Efesio

convirtió el templo en cenizas,

D. Oppas, el caballero

Beltrán Duguesclin, y tantos

de su talla y de su género,

en la lista de mis héroes

ocupan honroso puesto.

Pero son niños de teta,

ó mucho menos que eso,

gentecilla baladí

de diez ó dote por medio,

esos héroes, comparados

con los que el rebuzno dieron

de Yara en los campos verdes,

donde se hallaban paciendo.

Y son menos asimismo

los que aprisita salieron

á laborar por su Cuba

en un fecundo terreno

donde hay tanta calabaza

como zángano y mostrenco,

dicho sea sin ofensa,

con el debido respeto.

No hay héroes como esos héroes,

no hay quien valga los que ellos,

lo mismo para un barrio

que para fregar los tiestos.

Generales, presidentes,

ministros y misioneros,

individuos de la Cámara,

prebostes y subprefectos,

laborantes, mari-machos,

papanatas y junteros,

todo en confusa amalgama,

todo mezclado ó revuelto,

constituye de estos héroes

el modo de ser.... mastuerzos.

Tres años vá á hacer muy pronto

que aquí á conocer se dieron,

tres años, que deslindados

se encuentran ya los terrenos

y que el pié de que cojean

á enseñarnos lo vinieron.

¡Y qué pié, Dios soberano!

No es pié de banco, ni menos

pié forzado, pié de carta,

de librería ó de ejército,

no es un pié como la grulla

cuando toma el sol ó el fresco,

ni el pié que de las alforjas

sacar suele el misionero;

no es ni la pata de gallo

ni el pié de un negocio serio

ó alguna dificultad;

es el "piés, ¿para qué os quiero?"

que enseñaron y que enseñan,

la clave de sus portentos,

la táctica que adoptaron,

de su heroicidad el medio.

Por eso dije y repito,

que aunque son de igual madero

estos héroes y los otros,

aventajan mucho á aquellos.

Porque al fin, no sé quien dijo

que el traidor que esconde el cuerpo

después de tirar la piedra,

es de traidores modelo.

Y si esa cohorte inmensa,

que no cabe en estos versos,

aunque traidora, valiente

ha sido á ratos al menos;

no debe de equipararse

con los héroes de mi cuento,

los que en los campos de Yara

horrible rebuzno dieron,

que incendiaron á Bayamo,

destruyeron mil ingenios,

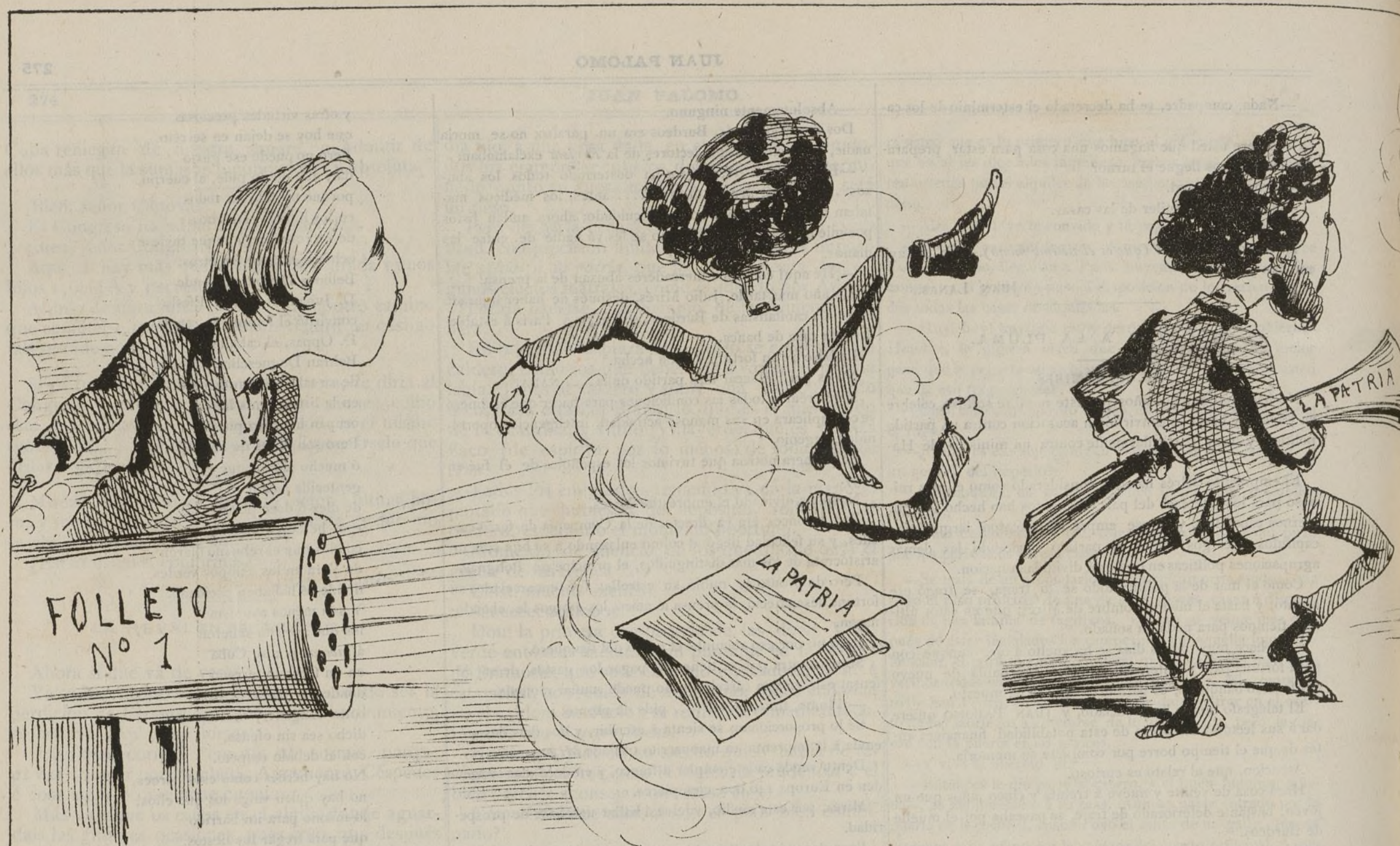
robaron á mano armada,

asesinando á indefensos,

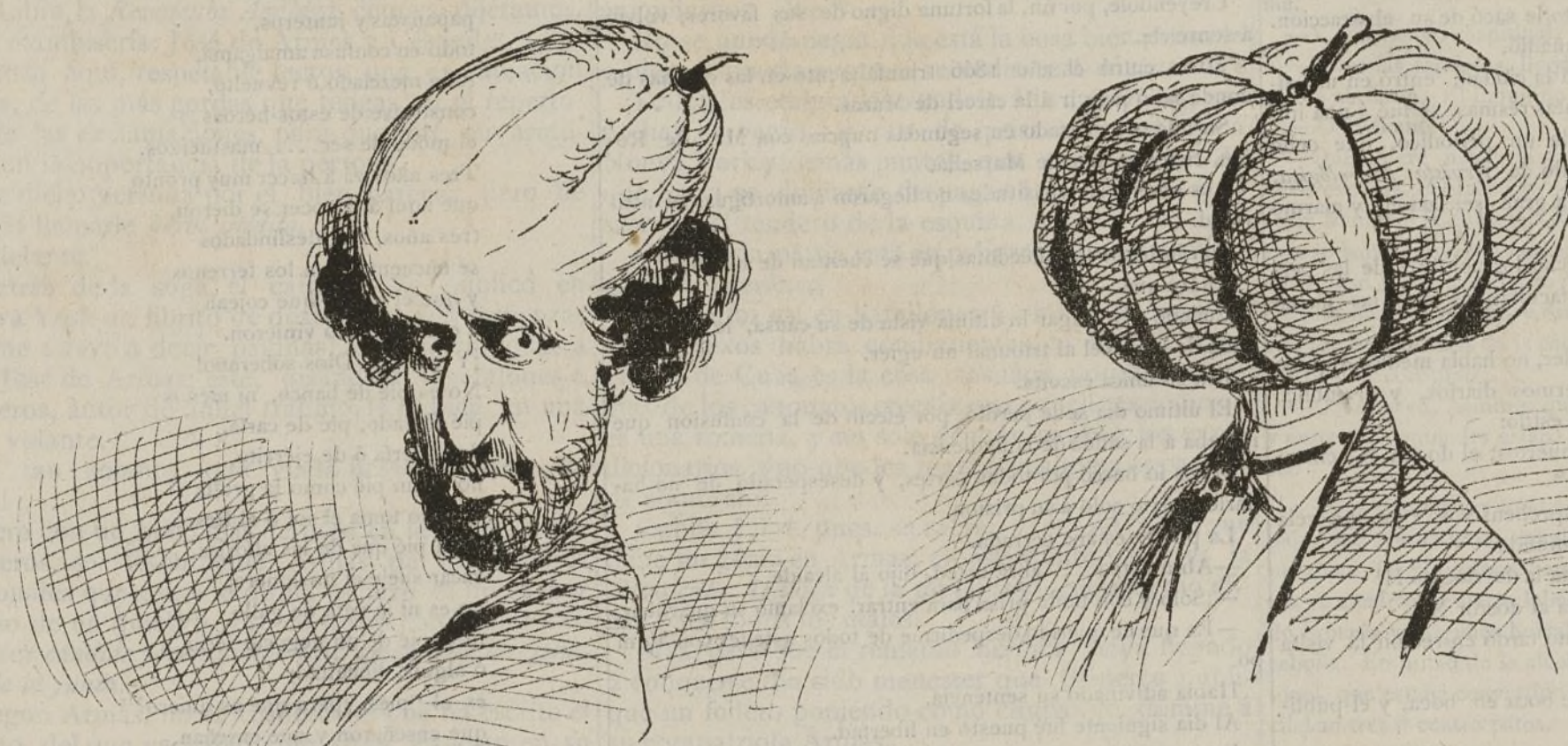
que el lema de su bandera

dice: "¿piés, para qué os quiero?"

JUAN CENTELLAS.

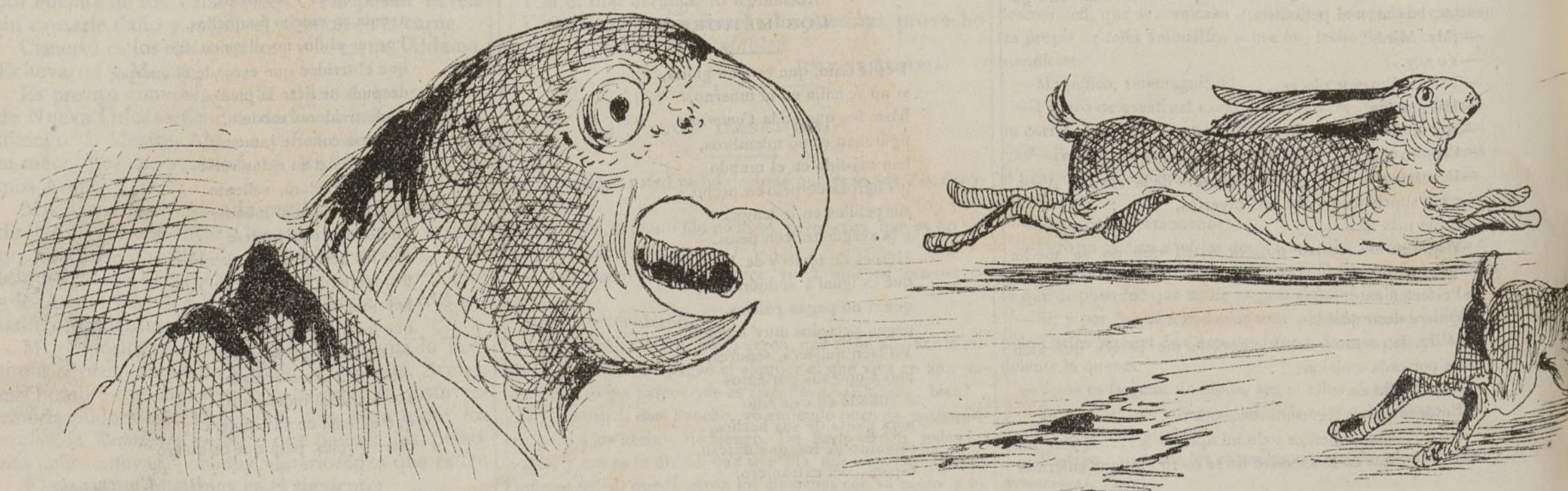


Cisneros deshace a Armas.



Cisneros dice que Armas tiene cerebro de melon.

Armas replica que Cisneros tiene la mollera de calabaza.



Se ponen como fieras.

Y quieren ir a ver que tal sigue la Cuba.



Armas deshace a Cisneros.

A semejanza de aquellos dos famosos perros, Armas y Cisneros se atacan tan violentamente que se comen uno a otro y no quedan mas que los rabos.



Cisneros dice que a Armas debía caérsele la cara de vergüenza.

Armas dice que a Cisneros debía caérsele toda la cabeza.



RESUMEN. { Ambos se quitan las caretas, afirmando Cisneros que Armas es un miserable, traidor, cobarde, ladrón, embustero y pícaro; mientras que Armas asegura que Cisneros es un pícaro, embustero, cobarde, traidor y hasta SINVELGUENZA!!! AMEN.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 17 DE JUNIO.

Mi querido PALOMO: hoy he de ser breve, y lo siento; porque el duelo literario entre Francisco Javier Cisneros y José de Armas y Céspedes, merece una epístola campanuda y extraordinaria.

Ya sabes que el padre de *La Patria* se ex-Patrió de Nueva Orleans y vino aquí á alborotar al gallinero.

Su idea era fundar un periódico, una *Patria* número 2, (porque Armas está condenado á vivir de la *Patria*) y aplastar con él á todos los juntistas, que son los enemigos que más le estorban.

Pero cata ahí que se le sube la mosca á la nariz á los apóstoles de Aldama, y ese cosquilleo en la pituitaria del laborantismo, debía producir naturalmente un estornudo mayúsculo.

Pues, sí, señor, estornudaron los junteros, y estornudaron un folleto de padre y muy señor mío, un folleto candente, que puede arder, no en un candil, sino sólo y espontáneamente, sin necesidad de aplicarle fósforo, ni mecha, ni luquete, ni cosa que lo valga.

Ese folleto es un cañonazo, es más aún, es un *ametralladorazo* (paso al terminillo), y estoy seguro de que Sancho Panza, al salir del manteamiento, no quedaría tan mareado como debió quedar Armas y Céspedes al terminar la lectura del folleto.

Figúrate tú que se desmayó.

Esto no es extraño. Rochefort se desmaya siempre que le acontece algo serio, y como Armas se propone ser el Rochefort del laborantismo, nada tiene de particular que quiera imitar hasta en eso á su modelo.

Pero el caso no era para menús.

¿A quién no le aturde una carretilla de insultos como los que dedica á José de Armas y Céspedes el expedicionario Cisneros?

En ese folleto hay de todo como en botica.

Yo me imagino ver á todo el apostolado de Aldama sentado en semi-círculo, y á Pepe de Armas en el centro. Cada uno de los junteros le dice un improperio, y todos por turno van echando guindas á la tarasca, mientras Cisneros copia los insultos.

De esta manera, no es extraño que haya tanta variedad y que se haya agotado el diccionario de los términos denigrantes.

¿Se habrá reconocido Armas después de leer ese folleto?

Porque tan mal trecho lo deja Cisneros, que no es posible le quede un hueso sano.

Por eso sin duda ha estado en cama desde que le cayó encima esa maza.

Pero hoy se nos ha descolgado con una proclama titulada *El Grito de la Patria*: es decir, *El grito de Armas*; por la paliza descomunal que ha recibido, que es capaz de hacer gritar, no digo yo á Armas y Céspedes, sino á la Armería Real de Madrid, á la Fábrica de Toledo, á la de Trubia y á todo el armamento del ejército prusiano.

Esa proclama tiene un lema, y ese lema es *Aux armes, citoyens!* colocada inocentemente, con letra bastardilla, á la cabeza del engendro.

Aux armes, citoyens! significa *A las armas, ciudadanos.*

¿Qué tal? Si es cuco el nene!

¿Qué modo tan erudito de decirles á los cubanos: ciudadanos, á mí, á Armas, que me hallo en peligro!

Tenemos, pues, resuelta la ecuación del siguiente modo:

El grito de la Patria:—"Aux armes, citoyens!"

La *Patria*—Jose Armas y Céspedes.

Aux armes—A las Armas.

Sustituyendo, resulta:

El grito de José de Armas y Céspedes:—"A las ARMAS, ciudadanos."

En esta proclama compadece á Cisneros ¡pobrecito! por haber sido el firmón de un folleto escrito en comandita por el apostolado.

Para vengarse de ese poderoso antagonista, ¿qué hace Pepe de Armas?

Vá y le asesta el dardo en el tendón de Aquiles.

Y lo ha tumbado; no hay más, lo ha tumbado.

El águila [el águila es Aldama], se olvidó de la fábula de Júpiter, el águila y el escarabajo; y ahora ha visto, aunque tarde, que no hay enemigo despreciable, por pequeño y bajo que sea.

Porque oigan ustedes lo que dice Armas:

"Sobre esta medida radical [la traslación en masa de los emigrados á la *República de Cuba*] está de acuerdo conmigo la Junta. Uno de sus miembros, José Antonio Echevarría, que es el más entendido de la trinidad que constituye nuestros principales representantes, ha aprobado esa proposición y declarado bajo su firma que está dispuesto á ir á Cuba; colectivamente, los dos Comisionados y el Agente general han manifestado, también bajo su firma, que están decididos á inmolarse por la patria. La ocasión no puede ser más oportuna. Han puesto en duda mi resolución de ir á Cuba y han decla-

rado la suya. Pues bien: les tomo la palabra. Abrase la lista de los expedicionarios y póngase á la cabeza á Miguel de Aldama, José Manuel Mestre, José Antonio Echevarría y—José de Armas y Céspedes."

Bien hablado, chavó.
Esto es dar en el clavo.
Está visto que Armas tiene armas para todo.
Los ha herido en la parte vulnerable.
Nada, nada, que vayan á Cuba.
Demasiado sabe que no irán.
¡Toma! por esto se ha puesto él en la lista.

JOHN BULL.

NUEVA YORK, 22 DE JUNIO.

Te confieso ingenuamente, JUAN PALOMO, que de cuantos experimentos he hecho para librarme del calor en estos últimos días, ninguno ha sido tan eficaz como la lectura de los periódicos laborantes.

Esta aserción podrá parecerle paradójica, pero te juro por la mantilla de Aguilera que es verdad.

He reducido mi ropa á la última menor expresión, he buscado la brisa y las corrientes de aire, me he guardado del sol, he puesto en ejercicio los abanicos más grandes, he tomado baños fríos, me he metido en la nevera, no he economizado refrescos y sorbetes, me he enamorado de una americana [que es una de las cosas más frías que se conocen], todo con objeto de quitarme el calor de encima; pues bien: nada he encontrado tan refrescante ni tan confortativo como un suelto de *La Revolución*, un artículo de *La República* ó un grabado de *La América*.

Después de haber leído ó visto una de esas cosas, se queda uno tan fresco como un carámbano ó como un misionero acabado de llegar de la manigua.

Yo no sé si consistirá esa propiedad refrescante de los mencionados periódicos en que están redactados con plumas empapadas en hiel, y entre *hiel* y *hielo* la diferencia es poca, casi *cepo*.

¿Cómo no han de refrescarle á uno las producciones de Merchán, José María Céspedes, Piñeyro y los dos Armas!

Y como supongo que tus parroquianos bien habrán menester algún refresco en estos calurosos días, me propongo darles algunas dosis de esos refrigerantes.

El tercer número de *La República* de Pepe Céspedes salió el domingo pasado, y su artículo de fondo es un disparo á quemarropa contra el gobierno de los Estados Unidos.

Es decir, *La República* [de papel] descarga sendos mandobles á la *República* modelo.

Es una grave acusación de *República* á *República*, como si dijéramos: de potencia á potencia.

Es un pleito en que *La República* de Céspedes es el actor y la *república* de Washington el demandado.

De ese largo artículo, voy á copiar un párrafo del principio, una frase del medio y un trozo del fin, con cuyos extractos basta y sobra para dar á conocer el tenor de todo el artículo.

"La isla de Cuba, que es un pueblo soberano desde el día 10 de octubre de 1868, ha estado desde entonces en habilidad de iniciar relaciones diplomáticas y de todas clases con las otras potencias de la tierra."

¡Al primer tapon, zurrapa!

Abre la boca *La República* y dice dos mentiras insignes y unos cuantos desatinos.

Pueblo sober... ¡Pues me gusta la idea! Si dijera *soberbio*, aún se lo pasaría.

Y eso de la *habilidad*, me huele á prestidigitación, que tal es el carácter de las habilidades de esta gente.

Vamos al medio del artículo:

"Los cubanos pensamos que el gobierno de la Union se ha conducido de una manera infame con nosotros."

Esto lo dice un escapado que debe su salvación á la protección del gobierno americano.

Eso sí, son muy consecuentes los laborantes.

A España le deben todo, y han sido ingratos con España.

A los Estados Unidos deben el estar con vida y aún más, y es muy natural que sean ingratos con los Estados Unidos.

Vamos á ver los últimos conceptos de ese artículo:

"El auxilio moral fué desapareciendo paulatinamente, confinándose al fin en un periódico que los cubanos no podrán olvidar nunca, y cuyo director merece nuestro más profundo reconocimiento. Nos referimos al *Sun* de Nueva York y al dignísimo Mr. C. A. Dana. En cuanto á los auxilios materiales, no sabemos que se hayan visto jamás. Y este habría sido el medio de confirmar sus simpatías verdaderas sin estar en oposición con su gobierno. Las leyes de neutralidad no prohíben que se socorra con medicinas y ropas y alimentos á los patriotas cubanos."

Este trozo vale un Aldama.

Resulta que es cierto lo que hemos dicho hace mucho tiempo: que las únicas simpatías y el único apoyo con que cuenta la causa en este país, son respectivamente las de Mr. C. A. Dana y el del *Sun*, lo cual no sé para quién es más degradante, si para el *Sun* y Mr. Dana ó para los laborantes.

¿Con que no sabe usted que se hayan visto jamás los auxilios materiales, sea *República*?

Y esto después de estarnos diciendo todo lo contrario sus predecesores de usted en el estadio de la prensa.

O será que pretende usted repudiar "cuando la Isla sea independiente" la deuda contraída por la negociación del empréstito de marras?

Porque decir que no han recibido ustedes auxilios materiales, cuando hay muchos personajes políticos [éimpolíticos] que tienen bonos laborantes á montones, es confesar tácitamente que se los han regalado ustedes.

Y como ustedes son incapaces de tamaña generosidad sin un fin particular, averigüe Vargas el objeto con que les dieron ustedes esos bonos.

El final del trozo que he copiado viene á decir en buenas palabras que los patriotas se mueren de hambre y de miseria.

Pues, hombre, ¿quién les hizo meterse en camisa de once varas?

Además, que no es eso lo que nos dice *La Revolución* dos veces por semana, y no me parece bien que se anden ustedes contradiciendo á cada paso.

Lo bueno es que desde que José de Armas les ha puesto la banderilla de que se vayan todos juntos á la manigua, andan diciendo los laborantes gordos [y claro está que este calificativo lo mismo se aplica á Aldama que á Bramosio], que no son hombres los que necesitan los patriotas, sino ropa, alimentos, medicinas y armas.

¿Como si fueran *hombres* lo que Pepe de Armas propone llevar á la manigua!

Y pregunto yo: si tanta falta tienen de *armas* los insurrectos, por qué no resuelve la Agencia enviarles á Pepe de Armas, aunque sea bajo partida de registro?

Y si necesitan hombres, como dice el famoso Pepe, ¿por qué no vá doña Emilia?

JOHN BULL.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

X.

Esperaba impaciente la contestación de Adelina, porque de ella dependía la tranquilidad de mi espíritu, señalándome el camino que había de seguir y el plan de campaña que debía trazar para vencer en la lucha con la varonil doña Casiana, que con la lectura de mi carta, suponía irritadísima contra mí. Y así era, en efecto, pues no tardé mucho en convencerme de las dificultades que habían de presentarse para sostener mis relaciones con su hija.

Dormí poco aquella noche, que el sueño es la primera víctima de los enamorados, y disponíame á almorzar cuando el asistente franqueó la puerta de mi cuarto á un caballero que necesitaba verme con urgencia, y cuya visita á hora tan desusada no dejó de extrañarme, pues era don Ruperto Casamayor, que me tendió la mano con un gesto expresivo, como para significarme de antemano la delicada misión que le traía á mi lado. Hícele tomar asiento, y sin valerse de preámbulos ni de ambages, entró de lleno en la cuestión, diciéndome con la risa en los labios:

—Amigo Pacheco, es usted un calavera.

—¿Está usted seguro de ello? le pregunté sin amostazarme.

—No debo dudarle después de haber leído la carta que ayer escribió usted á mi cuñada Casiana.

—Permita usted que me sincere de mi conducta, señor Casamayor; calaverada sería escribir en esos términos á una dama, si no hubiera partido de ella la agresión más injustificada. Si usted supiera....

—Lo sé todo, interrumpió don Ruperto; y como conozco perfectamente á mi cuñada, no necesito leer su carta para convencerme de que estará escrita con la hiel que de continuo se derrama por sus labios, y que sale impensadamente por la punta de su pluma; pero aquello de la ortografía....

—Es verdad, le dije abatiendo la cabeza y cerrando los ojos en signo de contrición; pero no me pude contener al verme maltratado tan injustamente.

—No conoce V. á mi cuñada como yo, amigo D. Félix; nada la detiene cuando lo sangre que se agoila á su cabeza la nubla la vista y la razón; es un carácter indomable, que hace desgraciados á cuantos la rodean; pero debió usted tener en cuenta que Casiana era la madre de Adelina; y no olvidar tampoco que uno de nuestros refranes asegura que para adorar el santo, hay que besar la peana.

—¡Es que hay penas, señor don Ruperto, que no se pueden besar, porque queman la boca! exclamé algo exaltado.

—Tranquílcese usted si quiere que nos entendamos; tengo más mundo del que se necesita para comprender que la presentación de usted en casa de mi hermano fué intencionada.

—Diga usted que fué providencial, pues sin el desmayo que me acometió, difícilmente me hubiera atrevido á poner

los pies en una casa guardada por un dragon tan formidable como doña Casiana; y perdónese usted este desahogo de mi exasperación contra una persona de su familia.

—Si sigue usted irritado, no nos entenderemos; y creo que tiene á usted más cuenta moderarse, porque no vengo en son de guerra, sino con la oliva de la paz en la mano.

—¿La oliva de la paz? exclamé sorprendido.

—Sí. Vengo á proteger el amor que siente usted por mi sobrina, y que ha despertado usted en ella.

—¿De veras? pregunté, poniéndome en pié agitado. ¿Adelina me ama?

—¿Me hace usted formalmente esa pregunta? ¿Necesito declararme por ella? Demasiado sabe usted, como todos los hombres, la impresión que ha producido en mi sobrina, y que causará su desgracia si no obra usted con cordura.

—¿Me hace usted feliz! grité abalanzándome al cuello de D. Ruperto Casamayor, que se esforzó inútilmente por desprenderse de mis brazos, que le ahogaban, arrugándole la camisa, con gran sentimiento suyo, porque era exagerado en los detalles del vestido.

—¡Basta! ¡basta, querido mío! prorumpió el buen hombre; ¡si en los arrebatos de su alegría se entrega usted á arranques de esta naturaleza, abandono mi idea filantrópica! ¡Cáspita! exclamó con acento de dolor mirándose al espejo: me ha puesto usted el cuello y los puños de la camisa en estado excepcional, y no puedo presentarme en la calle sin que asomen á mi rostro los colores de la vergüenza: parezco un oficial de causas en sábado!

—Perdone usted, mi buen amigo; no supe contenerme; pasado el arrebatado que me produjo tan placentera noticia, noto con sentimiento los estragos que la efusión de mi cariño ha dejado en el traje de usted; pero remediarémos el mal. Voy á pedir á mi asistente una camisa limpia, para que se mude usted aquí y no salga así á la calle.

—Una camisa de usted, señor Pacheco?

—Aunque soy un pobre oficial, poseo buena ropa.

—Pero la calidad nada tiene que ver con la cantidad, amigo mío; con mi abdomen y mi volumen, metido en una camisa de usted, parecería un violon enfundado. Me resigno con mi suerte, suplicando á usted que modere sus ímpetus si no quiere que le coja miedo.

—Me moderaré; pero me decía usted que Adelina me amaba, y me interesa tanto aclarar ese punto, que no le dejaré salir sin que me explique cómo ha adivinado ese secreto.

—¿Adivinar? ¡Bah, bah!... Los amantes son unos babiecas; tiene poco que comprender lo que significan los síntomas en dos jóvenes que se miran, que se ponen los ojos tiernos, que hacen mil tonterías, y que á voz en grito declaran que se aman; pero si no bastan los síntomas, añadiré algo más claro, más seguro....

—¿Qué es? pregunté demostrando vivamente el interés que me inspiraban sus palabras.

—Mi sobrina me ha abierto su pecho, y con lágrimas en los ojos me ha confesado su impresión.

—¡Benditas lágrimas! exclamé poseído de un entusiasmo indescriptible y sintiéndome con deseos de lanzarme de nuevo sobre el mejor de los tios.

—Vamos á cuentas, dijo don Ruperto con calma y poniéndose en guardia; siéntese usted á mi lado, y hablemos como buenos amigos.

—Puede usted disponer de mí en todo y por todo.

—Me gusta que sea usted razonable; y empiezo manifestándole otra vez mi sentimiento por la carta que escribí á mi cuñada; carta que le produjo una terrible excitación en el sistema nervioso, rompiendo en una convulsión que nos alarmó.

—¡Pobre señora! exclamé verdaderamente arrepentido de mi falta. ¿Qué debo hacer para que me perdone? ¿Quiere usted que vaya á verla?

—¡Librenos Dios de semejante imprudencia! El remedio sería peor que la enfermedad, pues estoy seguro de que la Casiana le fujaba á usted como un perro rabioso.

—¡Demonio! grité; esa mujer es un energúmeno! Ilumíname usted, porque no encuentro el medio de reparar mi indiscreción.

—Es preciso dar al tiempo lo que es suyo y no precipitarse. Las violencias no consiguen buenos resultados.

—Estoy dispuesto á todo, menos á renunciar al amor de Adelina.

—No se trata de eso; me he declarado protector de esta pasión, y sólo quiero que se transijan las diferencias, poniendo un poco de su parte cada uno de los cuerpos beligerantes.

—Mande usted, y obedezco.

—Lo primero que exijo es un paréntesis.

—No comprendo....

—Es decir; lo primero que exijo es que borre usted del mapa de la ciudad de Puerto-Príncipe, temporalmente, la plaza de la Soledad.

—¿Qué no vea á Adelina?

—Si usted persiste en rondarle la casa, mi cuñada es capaz de marcharse con su hija á la Australia, más lejos; á Filipinas.

—¡Iria detrás de ella! prorumpí sin acordarme de que los viajes cuestan mucho y que el sueldo de un alférez permitía, cuando más, una excursión mensual á Nuevitas.

—¡Iria! iría! dijo don Ruperto encogiéndose de hombros. No es ese el modo de arreglar la cuestión.

—Es verdad; pero usted comprende, señor Casamayor, que la exigencia de doña Casiana es muy fuerte; privarme de ver á Adelina es una crueldad; además, conozco su intención; la ausencia es un gran agente para el olvido; sobre la tierra crece la yerba cuando se deja de frecuentarla.

—No crecerá la yerba, porque yo quedo encargado de avisar el recuerdo: pocos días necesito para calmar la irritación de Casiana, que cederá cuando se convenza de que es usted sumiso á sus prescripciones. Coja usted la pluma y escriba lo que voy á dictarle.

Sin hacer la menor oposición, dictando él y yo escribiendo, tracé estos renglones:

“Sirva usted de mediador, amigo mío, con la madre de Adelina para que perdone mi atrevimiento; amo á la sobrina de usted con delirio, y el amor me ofusca. Diga usted á esa señora que le pertenezco en cuerpo y alma, y que en todos tiempos obedeceré sus órdenes.—Félix Pacheco.”

Firmé, sin saber lo que había escrito. D. Ruperto recorrió con la vista los renglones, y doblando el papel, lo guardó en el bolsillo, diciéndome:

—Adelina será de usted si cumple su oferta de sumisión á mi cuñada; esta es caprichosa y algo exigente. No tardará usted mucho en convencerse de que ha firmado un armisticio precursor de la paz.

—Por Adelina firmaría hoy un pacto con el diablo!

—Nó, amigo D. Félix; mi cuñada no es tan mala como el diablo; desde luego, en vez de un infierno, ofrece á usted en perspectiva un paraíso.

Estrechóme la mano y salió sonriéndose. Estupefacto me quedé, sin comprender todavía la importancia de aquella visita, y sobre todo, sin adivinar la trascendencia de aquellos renglones que había firmado: renglones que habían de proporcionarme un disgusto serio en una época que se venía encima, sin adivinarlo yo, porque ignoraba lo que, en la ciudad se estaba tramando.

Pedí el almuerzo, por supuesto muy resuelto, á pesar de lo que había firmado, á no considerar que para mí había desaparecido del mapa de Puerto-Príncipe la Plaza de la Soledad.

(Continuad.)

JUAN SIN TIERRA.

HISTÓRICO.

¡Hoy son tus días! ¡Cómo el tiempo pasa!

—Há un lustro apenas,

un ramo te ofrecía de azucenas

é iba á tomar sorbetes á tu casa;

y por la noche el nítido teclado

de tu piano con amor herías,

y junto á ti sentado

á mi tierna mirada sonreías,

y luego no tocabas,

y sólo me mirabas;

y, ébrios de dicha, al escuchar los sonos

del baile, que arrancabas al piano,

asía yo tu mano,

y en un cielo morando de ilusiones,

de goce y de esperanza,

bailábamos los serios rigodones,

la febril polka y la criolla danza.

Y hoy—¡quién lo dijera!—

el Oceano inmenso es la barrera

que nos separa, abismo proceloso,

sin contar además—¡duelos prolijos!

que tienes ya dos hijos

y, como es natural, suegros y esposo!...

¡Caprichos de los dados!

Mientras recuerdo la feliz historia

“de aquellos tiempos por mi mal pasados”

y al evocar, bien mío, su memoria

siento un afán que me desgarró el alma,

que el corazón tortura,

y es que perdida su inocente calma

lloro á la par que su fugaz ventura,

y pienso delirante

que mientras sólo por el ancho mundo

voy, en tus días, trovador errante,

tu amor cantando en mi afanar profundo,

tú, ex-amor de mi vida,

quizá en los mismos lúgubres salones

de tu hogar señorial, en donde inquieta

escuchastes del arpa del poeta

los que inspirabas amorosos sonos,

hoy tranquila y callada

escuchas de tu prole el lloriqueo,
y meriendas, bien mío, una empanada,
ó tomas un sorbete
sin pensar en el alma enamorada
del tierno mozaivete.

JUAN DIENTE.

SARTENAZOS.

El celoso Administrador general de correos, D. Ramon López de Ayala ha dirigido una importante circular á sus subalternos, que debe ser conocida del público y es digna de los sinceros elogios que nos complacemos en tributarle, ya que su reproducción, por sus dimensiones y la índole de este periódico, nos esté vedada.

Dos puntos importantísimos abraza esa circular, hácia los que llamamos toda la atención del público.

El envío de dinero ú objetos, á veces de ningún valor más que para las personas interesadas.

La remisión de valores en carta sencilla, sin certificarlas.

Lo primero, prohibido terminantemente por el artículo 19 de las Ordenanzas generales de Correos y Postas, dá lugar á decomisos por las Administraciones de Correos, con perjuicio del remitente.

Lo segundo, en casos de pérdida, ni permite justas reclamaciones ni ofrece medios para el castigo de los culpables en la falta, cuando esta ocurre.

De ahí las recomendaciones, dignas de ser atendidas por el público, que hace el Sr. Ayala, para que renuncie al primer extremo y para que no se exponga á pérdidas con la remisión de valores en carta simple.

Evitar una y otra cosa es el objeto de la circular que examinamos, y por la que JUAN PALOMO felicita cordial y sinceramente al Sr. López de Ayala.

John Bull escribe particularmente de Nueva-York, manifestando que el distinguido joven cubano-español don Federico M. Alcover, ha ocupado el número uno, despues de obtener el grado de sobresaliente, en los exámenes del Instituto Politécnico de Rensselaer, para alcanzar el título de ingeniero civil.—JUAN PALOMO celebra la aplicación y el mérito del joven de Sagua la Grande, Sr. Alcover y le felicita por ello cordialmente, pues conoce sus patrióticos sentimientos.

Nuestro amigo Rafael Villa escribió y publicó una obrilla titulada “El Patriotismo Español y la Insurrección de Cuba,” y de la cual hemos ya hablado á nuestros lectores.

Esto nada tiene de particular.

La presentó al Sr. Torrecillas, primer actor y director de escena del teatro de Tacon, y dicho Sr. la aceptó y anunció en los carteles públicos.

Esto tampoco tiene nada de particular.

Pero hete aquí que de la noche á la mañana se devuelve la obra al autor, diciendo que los actores no se atreven con algunos papeles. Esto sí que tiene algo de particular.

La obra es, como la pluma de donde ha salido, española á machamartillo.

¡Hombre, que cosas se ven!

Muchos periódicos del interior, y entre ellos, con frases muy lisongeras para *miquis*, *El Fanal* de Puerto Príncipe, han felicitado á JUAN PALOMO en sus días.

Así me gusta la gente, fina y cariñosa!

A todos sus galantes compañeros les envía JUAN PALOMO un millón de gracias.... y me quedo corto.

La terminación de las obras que se estaban haciendo en la Casa de Maternidad, se celebra hoy domingo á las nueve de la mañana, con una misa solemne, á la cual invita hoy el Excmo. Sr. Gobernador Superior Político de la Habana.

Satisfecho puede estar el Sr. López Roberts del resultado de sus afanes, pues á su poderosa iniciativa y á sus intereses por las clases desvalidas, se debe la mejora que hoy experimenta aquel benéfico asilo.

Ha llegado á mis manos el prospecto de la *Biblioteca de las damas elegantes*, y aunque se prohíbe en él á los hombres su lectura, le he leído con placer, y encuentro que está bien escrito, y que merece la idea toda la protección de los hijos de Adán, que quiera festejar á alguna linda Eva.

Lo dicho, por la muestra se conoce ya lo que será esa *Biblioteca* y se puede predecir al autor el éxito más satisfactorio.

Cuando se encuentre en vías de inmediata publicación, ya dirá JUAN PALOMO algo de lo que ahora calla en pró del nuevo libro, ó de la serie de volúmenes que compondrán la Biblioteca.

Ah! Para el que quiera un prospecto ó desee suscribirse, agregaré que puede pasar por una ú otra cosa á *La Propaganda Literaria*.

A PUNTES PARA UN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO.

Génio.—El director de *El Pínel Habanero*.
Gimnasta.—Un hombre que tiene mucho adelantado para... romperse la crisma.
Giron.—El signo ortográfico de los pantalones de los mambises, (cuando tienen pantalones).
Grajo.—El pájaro más parecido á un laborante.
Guanajo.—El laborante más parecido á un pájaro.
Guisante.—La homeopatía de la mesa.
Gramática.—Una valla por la que saltan á cada rato los escritores mambises.
Garito.—Una casa en donde se expiden pasaportes para el presidio.
Grillete.—El elástico de las botas del presidiario.

El que no se consuela es porque no quiere.

Mientras todo el mundo civilizado protesta contra los actos de barbarie de la *Commune*, un periódico alemán de mucha importancia, la *Gaceta de la Bolsa*, discurre y brinca de gozo, mientras lo hace, sobre las ventajas que reporta la Alemania de los desórdenes de Francia.

Esto es lo que se llama caridad y salero!

Uno de los beneficios que encuentra la *Gaceta* es el cambio que se nota en la opinión de las muchas personas que creían un abuso las condiciones de paz impuestas por la Prusia.

“Desde que la guerra civil ensangrienta la Francia, dice, desde que en París están á la orden del día el robo y el asesinato, todas esas personas guardan silencio.”

¿Qué tal?

Nuevo sistema de discurrir.—Cojo una tranca y le sacudo á usted un garrotazo que deshace el hombro derecho. Todas las personas de sentimientos humanitarios ponen el grito en el cielo, y la opinión pública me condena.

Pero le doy una tranca más gorda á mi criado, y este le descarga á usted un trancazo que le hace tiestos el hombro izquierdo, y además le rompe la nuca.

Si la gente dió antes un grito, ahora dan un par de ellos que valen por tres.

Y entretanto, como ha habido otro que pegue más fuerte que yo, me creo relevado de toda culpa y me relamo de gusto al ver las ventajas que obtengo con que lo hayan desnucado á usted.

Esto es pura filosofía alemana: ni más ni menos.

Para uno de los teatros de Madrid ha sido contratado un prusiano que toca diez y seis tambores á la vez.

Digan lo que quieran, me parece que ese individuo trata de hacerle la competencia á Bismark, metiendo más ruido que él. Y creo que lo consigue.

Los periódicos tratan de presentar como una notabilidad á esta artista en *tamborilatura*.

Los periódicos son muy modestos ó muy desmemoriados. No digo yo diez y seis tambores: periodista hay que ha tocado 25 bombos á un mismo tiempo. ¿He dicho algo?

PENSAMIENTOS DE VÍCTOR HUGO.

La religion, la sociedad, la naturaleza: las tres luchas del hombre; sus tres necesidades.

Entre dos la vida es posible. Uno sólo parecé que no puede arrastrarla: se renuncia á ella. Es la primera forma de la desesperacion.

En la sociedad se recogen datos respecto de un hombre; se suman estos datos, y el total forma una reputacion.

La soledad aguja el ingenio del hombre ó le vuelve idiota.

El sueño está en contacto con lo posible.

El mundo nocturno es un mundo; la noche, como noche, un universo.

El sueño es el acuarisma de la noche.

Una virgen es una cubierta de ángel; cuando la mujer se forma, el ángel se va.

Hablando de una manera absoluta, nuestro semblante es una máscara. El verdadero hombre es el que está debajo del hombre.

Llegaron unos cuantos portugueses á Madrid, y fueron espléndidamente obsequiados.

Además, á uno de ellos le quitó el reloj un ratero.

¿Trabajaría por la union ibérica este industrial?

Por lo menos se observan en él tendencias de anexionarse algo de Portugal.

Boca abajo!

En la última guerra franco-prusiana la artillería alemana ha empleado 1,000 cañones de grueso calibre, que han hecho un millon de disparos.

¡Me conmuevo! ¡Nos conmovemos!

La artillería de campaña ha empleado 1,500 cañones, y ha disparado 932,000 tiros.

¡Conmuévase usted!

Quedaban todavía en las fortalezas alemanas 4,000 cañones con dos millones de cartuchos.

Jóven sensible, ¿está usted conmovido?

Durante la campaña se han distribuido á la infantería y caballería 150 millones de cartuchos.

¡Qué cifra tan conmovedora!

Los gastos de la guerra han ascendido en todos los Estados confederados á mil setenta y cuatro millones, trescientos cincuenta mil seiscientos veintitres francos setenta y cinco céntimos.

¡Qué gran cosa es la artillería, sobre todo para poner en práctica aquel precepto de: “amaos los unos á los otros!”

CANTARES.

Tuvo, entre dos corazones,
que hacer el tuyo eleccion:
amor le ciñó su venda,
y ciego, eligió el peor.

En la reja de tu casa
han pasado tantas cosas,
que al verla tapiar, presumo
la quieren tapar la boca.

R. DE MEDINA.

TALENTOS PRODIGIOSOS.

Puédense comparar algunos de éstos á verdaderas monstruosidades. Citarémos uno como ejemplo:

Juan de Candiac nació en el pueblo que tiene por nombre su apellido, en 1719. Dicese que á los treinta meses conocía todas las letras del alfabeto; á los tres años leía perfectamente el francés y el latín; á los cuatro años sabía esta última lengua, y á los cinco la traducía, y á los seis leía el griego y el hebreo; poseyendo además los principios de la aritmética, de la historia, de la geografía y del blason. En cuatro semanas aprendió á escribir con facilidad y correccion. Murió á los siete años de edad.

Y aún hay casos más raros. Conozco yo un periódico mambí llamado *La República*, que es *siétemesino*, chiquito de cuerpo y de todo, que lleva publicados solamente dos números, y sin embargo, ha dicho ya más desatinos que todos los periódicos juntos.—¿Ha visto usted?

Hombre, qué más? Bembeta, para la edad que tiene, sabe ya escurrir el bulto de esta Isla de una manera inmejorable. Se dan casos muy particulares!

DE TAL PALO...

La gloria del sin par Necedalete
no amenguárá, pardiez, Necedalito;
si aquel fué liberal de pequeñito,
este desde el nacer usa bonete.

Con reyes y gobiernos arremete
desenvuelto y locuaz como un lorito,
y no hay hombre para él que valgo un pito,
fuera de su señor don Carlos Siete.

O la infantil se trasladó al Congreso,
ó el jóven don Ramon, que así se llama,
tiene en vez de mollera un medio queso;

Pues tales cosas de él cuenta la fama,
que vá ser necesario, sin proceso,
darle unos azotitos, ¡y á la cama!

[Madrid, 1871.]

MANUEL DEL PALACIO.

REMEDIOS.

Para saber si una niña os ama: nada más sencillo. Cuando esteis en su presencia, haceis por tropezar y dar con vuestra humanidad en el suelo.

Si la niña se rie, no os ama. Si permanece seria ó derrama lágrimas, os adora.

Para conocer si una onza es falsa ó es buena.

Lo primero de todo es tenerla: después se la daís á una persona inteligente para que la examine.

Si esa persona se la mete en el bolsillo y se marcha con ella á escape, es prueba de que la onza es buenisima.

Para que no se indigeste la comida, aunque se abuse.

Enseguida que hayais comido los postres y tomado café, os pegais un tiro en la sien izquierda.

No se ha dado un sólo caso de indigestion con este procedimiento.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

19

LIBROS MODERNOS

RECIBIDOS RECIENTEMENTE PARA SU VENTA EN

LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

Historia del combate de Trafalgar, precedida de la del renacimiento de la marina española durante el XVII, por don José Ferrer de Couto.—El nombre del autor de esta obra habla en su encomio lo suficiente, y la magnitud del asunto en ella descrito, es de las que no necesitan recomendaciones. Un tomo de cerca de 200 páginas en folio. Rs. 8

El Recreo de las tertulias, ó coleccion de juegos, que comprende los de naipes, damas, dominó y dados, admitidos en la más distinguida sociedad, por don F. B. y B.—Los juegos que contiene el presente *Manual* son los admitidos en todas las clases de la sociedad, considerados de honesto pasatiempo y medio de distraer brevemente los disgustos y contrariedades que experimenta el hombre en la vida, cualquiera que sea su rango ó ocupacion. Un tomo en 4º menor, de unas 300 páginas. Rs. 8

Bacon.—Ensayos de moral y de política, traducidos por D. Arcadio Roda y Rivas.—El gran dialéctico inglés, el ilustre Bacon, que desde su bufete de abogado conquistó su génio, no sólo la admiracion de sus contemporáneos, sino el favor real que le elevó á los primeros puestos de la nacion inglesa, nos ofrece en estos ensayos de moral y política, uno de los más sazonados frutos de su privilegiado talento.

La traduccion de tan importante y trascendental obra está hecha con el mayor esmero, y forma un elegante tomo de 384 páginas, con el retrato del autor. Rs. 12

Gramática de la lengua castellana, por la Academia Española. Nueva edicion, corregida y aumentada con la *Prosa*, que es la primera que publica la Academia sobre esta difícil materia. Esta obra, que consta de unas 400 páginas en 4º, está esmeradamente impresa por el acreditado Rivadeneyra, y quedan ya pocos ejemplares de la segunda remesa recibida por el último correo de la Península. Rs. 17

Los misterios de una bujía: la combustion, la luz y el calor, por Henry Villain.—Noveno volumen de la coleccion de la *Biblioteca científica y recreativa* que vienen publicando Gaspar y Roig.

Un tomo en 4º menor, con cerca de 200 páginas, ilustrado con grabados. Rs. 4

Un cazador predestinado, por don Fernando Martin Redondo.—Acaba de publicarse esta notabilísima obra, que forma un tomo de la *Biblioteca de Instruccion y Recreo*, y que parece destinada á un éxito extraordinario, no sólo por su índole y tendencias, sino tambien por la originalidad de sus situaciones y por la gracia y pureza de estilo de que ha hecho gala su autor.

Un jóven, hijo de un guarda-bosque, se vé arrastrado desde los primeros años por la afición á la caza, y al dejarse llevar poco á poco de esta especie de predestinacion, experimenta gravísimas contrariedades que vence con su igual donaire, siendo el héroe de aventuras tan extraordinarias y maravillosas, que sostienen en toda la obra un interés palpitante que cautiva y divierte en alto grado.

Un tomo en 8º, de 850 páginas, elegante impresion. Rs. 4

El libro verde, coleccion de poesías satíricas y de discursos festivos, [parte de ellos inéditos] de don Francisco de Quevedo, poeta de cuatro ojos, hijo de sus obras, padastro de las ajenas, señor que fué de este valle de lágrimas y cofrade de la carcajada y la risa.

Tras un silencio obstinado,—después de una larga fecha,—con las obras de Quevedo,—vuelven á crujir las prensas. En forma de *Libro Verde*,—cuyas páginas discretas—al ignorante aleccionan—y á los dormidos despiertan,—podreis ver lo que empolvado—en cerradas bibliotecas,—carcomidos de ratones—y de la polilla presa,—dejó su prision oscura—por dar trabajo á la imprenta—y correr después del globo—las cinco partes diversas.—Comprad, pues, *El Libro Verde*,—y en él vereis de otra época—costumbres y tradiciones—y pláticas y consejos.—Empresas de enamorados,—maldiciones de las dueñas,—rompimiento de virtudes,—composturas de doncellas,—castigos de las busconas,—peligros de las flaquezas,—preceptos para la dicha—y alivio para las penas.

Estas y otras muchas cosas verdes como la esperanza, y *pi-cantes* como la guindilla, hallarán en las páginas de este libro los que le compren.

Un tomo en 4º, de más de 300 páginas, con una alusiva portada, dibujada por Ortego. Rs. 8

Poesías de don Manuel Breton de los Herreros.—“El género satírico, que de suyo, siendo de ley, aspira á doctrinal, y aquí quizá lo sea, domina en esta compilacion; ya formulado en tercetos, ya en letrillas y romances.” Con estas palabras dirigidas al público por el editor al frente del tomo que nos ocupa, queda explicada su índole, que en cuanto á su mérito, basta el nombre del Secretario perpétuo de la Real Academia Española puesto á su frente, para comprenderlo. Un tomo en folio, de cerca de 700 páginas, en el que se incluyen como apéndice los opúsculos en prosa que tanta fama han dado á su autor, edicion oficial y papel superior. Se vende á Rs. 34

Manual del polvorista, dispuesto en vista de los mejores tratados, por don Vicente Guimerá y don Casimiro Pío Garbayo.—Hoy que la *Pirotecnia* es un arte maravilloso, por medio del cual se hacen producir á las mezclas combustibles efectos mágicos, encantadores y fantásticos, es conveniente y útil al aficionado la lectura de este libro, que enseña los detalles y pormenores, con la confeccion de todas las piezas elementales que entran en una gran composicion. Dividida está la obra que nos ocupa en dos partes: de principios y de aplicacion, que forma un curioso diccionario; constando de 225 páginas en octavo mayor. Rs. 8

Todas estas obras se hallan encuadradas á la rústica, cuando no se expresa que están empastadas. Los precios son iguales para todos los puntos de la Isla, siendo de cuenta de esta casa los gastos de remision al interior. Los pedidos, que deben venir acompañados de su importe en sellos, billetes de banco ó letra sobre la Habana, se dirigirán bajo cubierta certificada á *La Propaganda Literaria*, calle de O'Reilly, 54.—HABANA.

Establecimiento tipográfico de “La Propaganda Literaria”
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.